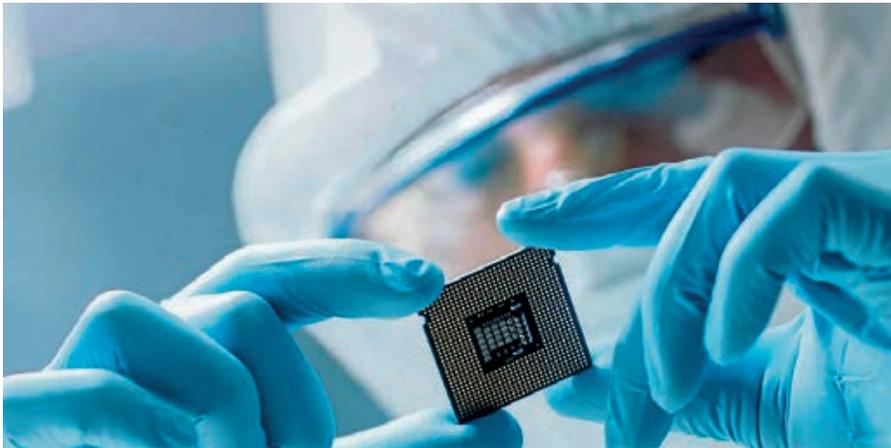


Internet y nuevas tecnologías

ÁNGEL GÓMEZ DE ÁGREDA
Coronel del EA
Doctor en Ingeniería
de Organización (UPM)
 angel@angelgomezdeagreda.es



En la política de Extremo Oriente están apareciendo dos tendencias interesantes que muestran, probablemente, el camino que se va a seguir en otras partes del mundo. Por un lado, se están nombrando ministros específicos para el área de la seguridad económica. Su función principal se percibe como clave en estos momentos: garantizar la estabilidad de la cadena de suministros para que no se produzcan discontinuidades en la producción industrial del país. Países como Japón –un archipiélago– o Corea del Sur –a efectos prácticos, una isla– están particularmente preocupados con este aspecto logístico. Preocupa, principalmente, el suministro de semiconductores que resulta vital para casi cualquier otra industria.

Por otro lado, Tokio acaba de nombrar un ministro de Ciberseguridad. Su denominación oficial es más «ministro digital», y sus funciones se centran en conseguir colocar a Japón en el grado de digitalización que el resto del mundo erróneamente le atribuimos. Podría pensarse que se

trata de una figura de segundo nivel que ha disfrutado de una inflación nominal en el cargo, pero el ministro es nada menos que Kono Taro. El señor Kono fue ministro de Defensa, de Asuntos Exteriores, de Presidencia y el encargado de hacer frente a la pandemia de la COVID-19 durante los peores momentos de la enfermedad. Es una personalidad muy respetada y un perfil (@konotaromp) de lo más interesante que seguir.

Por supuesto, no son los únicos países que se toman muy en serio la ciberseguridad y el ámbito digital. Finlandia –un país de moda últimamente– tiene desde hace un año su embajador digital, el Stefan Lindström. En España, el embajador Pascual de la Parte desempeña una labor similar con el nuevo título de embajador en Misión Especial para las Amenazas Híbridas y la Ciberseguridad. En Australia, Tobias Feakin –un referente mundial al que tuve ocasión de conocer en su etapa en el *think-tank* ASPI– lleva casi seis años en el cargo de embajador para asuntos ciber y tecnologías críticas.

En sus perfiles, curiosamente, encontramos más a diplomáticos o expertos en seguridad con interés por las tecnologías digitales que a ingenieros con una vis diplomática (que, haberlos, hailos). Quizás sea una forma de reconocer que, efectivamente, el ámbito digital es un ecosistema en el que convivimos las personas. Y que somos su centro de gravedad, no la tecnología.

De hecho, la Universidad Politécnica de Madrid tiene en marcha un programa de Diplomacia Digital¹ y las referencias académicas a este asunto se han vuelto lo suficientemente ubicuas como para mencionar aquí alguna concreta.

La ciencia de lo digital hace tiempo que ha perdido el apellido «ficción», aunque las referencias imaginadas –y llevadas a las páginas de una novela o al celuloide (o lo que se use ahora)– sigan condicionando más nuestra percepción de la tecnología que una realidad que es mucho más prosaica y compleja de entender.

¹<https://blogs.upm.es/techdiplomacy/>



En estas páginas, no puedo menos que recomendar la lectura (no está traducido) de Dale Brown, antiguo piloto militar de B-52 en la USAF y prolífico novelista. Más allá del atractivo literario, Brown lleva décadas describiendo usos muy imaginativos de enjambres de drones, constelaciones de micro satélites (antes de Starlink), o exoesqueletos con sistemas de inteligencia artificial, cuyos requerimientos técnicos cada vez están más a nuestro alcance.

La guerra en Ucrania nos viene mostrando cada día una parte de las tendencias bélicas de los próximos conflictos. Kiev incluso solicitó a la ICANN, la corporación de internet para la asignación de nombres y números, el organismo que gestiona técnicamente la Internet, que invalidara los dominios rusos. Aunque, en otros casos, agencias internacionales han accedido a este tipo de solicitudes, la corporación mantuvo la validez de las webs .ru. El uso de drones, por ejemplo, ha dejado de ser una ventaja o siquiera una opción en el campo de batalla para ser un requisito operacional de primer orden.

Los drones están por doquier en los cielos ucranianos (en realidad, también en tierra y en el mar) llevando a cabo misiones de todo tipo. Ya en los últimos años en Afganistán se movían a diario miles de estos aparatos. Mucho más ocurre ahora en una guerra más convencional y en un momento en el que la tecnología

permite dotarse de medios de inteligencia pilotados a distancia por el mismo precio que pagaríamos por un par de cartuchos de 30 mm.

Ucrania está en pleno proceso de desarrollo y construcción de sus propios drones. La tecnología más efectiva no tiene por qué ser la más cara o sofisticada. La imaginación (innovación) juega en la industria bélica un papel tan fundamental como en la civil. Otra cosa será el uso de enjambres de drones asociado a medios tripulados, una tendencia que se considera ya ineludible en los nuevos desarrollos de sistemas de armas.

Volviendo al otro extremo del continente, nos encontramos de nuevo con la aplicación de estas nuevas tecnologías a labores mu-

cho más cotidianas, como la seguridad ciudadana. La Policía de Corea del Sur está preparando, sin ir más lejos, lo que la agencia de noticias Yonhap denomina un «futuro distópico» para los uniformes y equipos de su personal. Robocop parecería el modelo más a mano del que tirar, pero parece que los uniformes que se preparan para su entrada en servicio a partir de 2027 están más emparentados –o eso «venden»– con el diseño del de Ironman.

Las capacidades finales, que no se alcanzarían hasta 2050, también incluyen perros policía robotizados, y hasta 14 proyectos y cinco estrategias novedosas. No está mal para uno de los países con menores tasas de criminalidad violenta del mundo.

